

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
T. RAMÍREZ  
DE ARELLANO

IV

# LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (4)

## CÓRDOBA JUDÍA



LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (4)

CÓRDOBA JUDÍA

ENRIQUE SORIA MESA  
COORDINADOR

ENRIQUE SORIA MESA  
COORDINADOR

  
DE CIENCIAS  
BELLAS LETRAS  
NOBLES ARTES  
REAL ACADEMIA  
DE CÓRDOBA  
1810

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE  
CÓRDOBA

2019

2019

**ENRIQUE SORIA MESA**  
**Coordinador**

**LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS**  
**CÓRDOBA JUDÍA**

**REAL ACADEMIA**  
***DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE***  
**CÓRDOBA**

**2019**

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

CÓRDOBA JUDÍA

Coordinador: Enrique Soria Mesa

(Colección *T. Ramírez de Arellano IV*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles  
Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-121657-0-8

Dep. Legal: CO-2055-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

## PERSONAJES CÉLEBRES DE LA CÓRDOBA JUDEOCONVERSA

GONZALO J. HERREROS MOYA  
Universidad de Córdoba

**Resumen:** Córdoba y los cordobeses presumen de ser patria chica de grandes personajes de la historia, “tanto por plumas como por espadas”. Nombres que jalonan el olimpo de la cultura europea desde Séneca el romano, el judío Maimónides o el musulmán Averroes, perfil que tras su incorporación a Castilla en 1236 pasó a estar dominado por la fe cristiana, desde el Gran Capitán hasta el pintor Julio Romero de Torres. Sin embargo, entre los siglos XV y XVII una parte sustancial de las figuras que han hecho de Córdoba un referente de la cultura española y occidental tuvieron un pasado judío que en gran modo ha sido desconocido y despreciado hasta hace muy poco.

**Palabras clave:** Córdoba, conversos, personajes célebres, Inquisición, genealogía.

**Abstract:** Córdoba and the Cordobans presume to be the homeland of great characters in history, "both feathers and swords." Names that mark the olympus of European culture from Seneca the Roman, the Jew Maimonides or the Muslim Averroes, going after the Christian conquest in 1236 to have all of them the same Christian profile, from the ‘Great Captain’ to the painter Julio Romero de Torres. However, between the fifteenth and seventeenth centuries a substantial part of the figures that have made Cordoba a reference of Spanish and universal culture had a Jewish past that has largely been unknown until very recently.

**Keywords:** Cordoba, converso, celebrities, Inquisition, genealogy.

## La Córdoba conversa

Córdoba, “nobilísima ciudad de Andalucía, bien conocida en el mundo por Madre de los más insignes Hombres en Letras y Armas que ha habido en todos los tiempos”<sup>1</sup>. “Hoy es cierto que no hay ciudad ni población en toda Europa de más limpia y apurada nobleza, ni en tanto en más caballeros de sangre y mayorazgos riquísimos”<sup>2</sup>. Extractos ambos de dos historiadores foráneos a esta ciudad que pusieron de manifiesto la abundancia de grandes personajes de la cultura vinculándolo con su hidalga y rica cuna. Una imagen tópica perpetuada de forma automática en el imaginario colectivo de cordobeses, cordobesas, cordobitas y cordobanes. En efecto no podemos dudar que la ciudad de la Mezquita albergó en sus casas y calles desde su incorporación a Castilla en 1236 un número muy considerable de familias que hundían sus raíces en la noche de los tiempos. Una nobleza antigua, poderosa y rica compuesta por unos linajes que consolidaron un compacto círculo, con íntimas y constantes relaciones familiares entre iguales, que copó todas las esferas del poder político, económico y social durante siglos -y hasta hace bien poco...-. Son de sobra conocidos, Fernández de Córdoba, Gutiérrez de los Ríos, Saavedras, Cárdenas, Carrillos, Páez de Castillejo, Muñiz de Godoy, Hoces, Díaz de Morales, Argotes, Cárcamos...

Pero desde hace ya un par de décadas y gracias a la puesta en valor del concepto del ascenso social<sup>3</sup> sabemos que la realidad del Antiguo Régimen en España en general y en Córdoba en particular, no fue así, o

---

<sup>1</sup> Pedro Sanz del Castillo, *Vida del Excmo. Sr. D. Juan de San Clemente Torquemada*, Santiago, 1769, f. 1.

<sup>2</sup> Gonzalo Céspedes de Meneses, *Historias peregrinas y ejemplares*, Zaragoza, 1623, f. 65.

<sup>3</sup> Camino que se abrió gracias a Enrique Soria Mesa, *El cambio inmóvil. Transformaciones y permanencias en una élite de poder (Córdoba, ss. XVI-XIX)*, Córdoba, 2000. A este han seguido trabajos más generales en la misma visión historiográfica como *La nobleza en la España Moderna*, Madrid, 2009; o *La verdad tras al espejo*, Valladolid, 2016; así como más monográficos, “Genealogía y poder. Invención de la memoria y ascenso social en la España Moderna”, *Estudis*, 30 (2004), pp. 21-55; “De la represión inquisitorial al éxito social La capacidad de recuperación de los judeoconversos andaluces entre los siglos XV-XVII: el ejemplo del linaje Herrera”, *Medievalismo*, 24 (2014), pp. 399-417; “El origen judeoconverso de la nobleza indiana”, en *Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo*, Argentina, 2017, pp. 155-185; “Judaizantes o marqueses. Los judeoconversos de Lucena (Córdoba) entre los siglos XV y XVII. Una primera aproximación a su estudio”, en Enrique Soria Mesa y Antonio J. Díaz Rodríguez (eds.), *Los judeoconversos en el mundo ibérico*, Córdoba, 2019, pp. 127-140.

mejor dicho, no fue *solo* fue así. Por supuesto que todos esos linajes existieron, dieron decenas de títulos nobiliarios y estrellas fulgurantes de nuestra cultura, fundaron conventos, construyeron casas y palacetes, expusieron al público sus escudos, carruajes y lacayos, promocionaron a pintores y escritores, y fueron el orgullo de cada ciudad durante generaciones y generaciones al mismo tiempo que presumían de vieja y limpia sangre. Pero junto a ellos, y/ o a la vez que ellos, se mimetizaron decenas de personajes ricos, cultivados y poderosos, con los que se codearon y, lo más interesante de todo, se confundieron, a pesar de que tenían un origen mucho más humilde, oscuro e incluso vergonzoso para los códigos de la época. Esto es, tenían sangre conversa.

El fenómeno converso en Córdoba y su Reino ha sido estudiado considerablemente en los últimos años, aunque aún de forma fragmentaria<sup>4</sup>. Por lo que vamos sabiendo fue un proceso histórico tan interesante y atractivo como doloroso y disímil, a pesar de que en Córdoba puede que no tuviera un protagonismo tan arrollador como en otras ciudades tales como Burgos, Sevilla o Granada. Pero para entender de qué vamos a hablar aquí necesitamos definir qué es un judeoconverso. No una definición académica o lingüística, sino práctica. En todos los estudios medievales y modernos se usa el término judeoconverso o converso a secas -en las fuentes aparece a menudo como *confeso*- para referirse a realidades muy diferentes, aunque todas con un punto en común. Abarca en síntesis tres formas:

- a) Un individuo nacido judío en el seno de una familia judía, y que a lo largo de su vida se bautiza de forma voluntaria, inducida o abiertamente impuesta tras la conversión general forzosa de 1492.
- b) Individuos que son cristianos de primera o segunda generación, esto es, hijos o nietos de recién bautizados, por cuya cercanía cronológica a la cultura judía es lógico que, a pesar de su oficial fe en

---

<sup>4</sup> Por ejemplo, los trabajos de Francisco I. Quevedo Sánchez, “Inventando el pasado. La familia judeoconversa Herrera de Córdoba y Granada”, *Anahgramas*, 1 (2014), pp. 235-272; “Nobles judeoconvertos: los oscuros orígenes del linaje Córdoba-Ronquillo”, *Sefarad*, 76 n° 2 (2016), pp. 363-396; “Juan Recio Aragonés, un judeoconverso de la élite lucentina”, *Medievalismo*, n° 27 (2017), pp. 259-283; de Margarita Cabrera Sánchez, “Los conversos de Córdoba en el siglo XV. La familia del jurado Martín Alfonso”, *Anuario de Estudios Medievales*, 35/1 (2005), pp. 185-232; y “Cristianos nuevos y cargos concejiles. Jurados conversos en Córdoba a finales del Medievo”, *Espacio, Tiempo, Forma, Serie III Historia Medieval*, 29 (2016), pp. 155-181; o María Ángeles Jordano Barbudo, “La capilla funeraria del alfaqueque judeoconverso don Diego Fernández Abencaçin”, *Anuario de la Historia de la Iglesia*, vol. 24 (2015), pp. 331-358.

Cristo, mantuvieran fortísimas permanencias judías en cuestiones religiosas, tradicionales, gastronómicas, etc, cuando no una abierta resistencia a la Iglesia. Son el prototipo de perfil judaizante que la Inquisición persiguió durante los 50 o 60 primeros años de su existencia.

- c) Cristianos auténticos, que tienen totalmente apartada de su mentalidad y su cultura cualquier práctica judía, pero que descienden por una o varias ramas de judíos en generación más o menos remota, lo que supone una mancha para sí mismos y sus familias. Son conversos no porque mantengan ninguna práctica hebraica, sino porque saben de su problemática ascendencia y, lo que es peor, sus contemporáneos cristiano viejos también, lo que podía tener consecuencias gravísimas en su trayectoria vital.

Hablar pues del fenómeno converso no es solo hablar de prácticas heterodoxas o, en el otro extremo, de una mera anécdota genealógica. En una sociedad determinada obsesivamente por la familia y el linaje, cuya manifestación más segregacionista fue la implantación de estatutos que exigían demostrar limpieza de sangre para ingresar en cabildos municipales y catedralicios, en órdenes militares y conventuales, para pasar a Indias, para acceder a muchas cofradías o en la propia Inquisición, tener sangre conversa y, sobre todo, que fuera un hecho conocido, determinaba enormemente quién eras y quién podrías llegar a ser. Por tanto, no nos interesa aquí, por el momento, hablar de personajes que tenían sangre judía en su árbol sin que les afectara, como fueron personajes de los siglos XVIII y XIX, como el capitán general y virrey de Navarra, Martín Antonio Álvarez de Sotomayor, primer conde de Colomera, o en los marqueses de Benamejía, o en don Ángel de Saavedra, célebre político y poeta. Todos ellos cordobeses con sangre conversa en sus venas, pero irrelevante en sus vidas en la práctica.

Nos proponemos pues hacer una síntesis de grandes figuras de la historia de Córdoba, referentes de la cultura, la política o la Iglesia, cuyas trayectorias vitales debieron de estar marcadas, en el grado que fuera, por la naturaleza de su abolorio. Pues, en efecto, viene de suyo comprender que si una mancha de ascendencia judía, aún en grado remoto, con “una sola gota”, condicionaba tanto la integración en la sociedad, y solo podía ser compensada entre bambalinas con dinero e influencia -y aún así con sus propios ritmos-, ¿cuánto no habría de condicionar esa conciencia, pensamiento y sufrimiento en la vida y obra de sus afectados? Obviamente las personas nos regimos por multitud de variables, y son muchos los

ingredientes que cocinan a cada individuo. Pero ignorar que el componente converso tuvo que ser determinante en sus comportamientos sería como no tener en cuenta la raza de Martin Luther King y Rosa Parks, o la inclinación sexual de Oscar Wilde y Federico García Lorca para el devenir sus papeles en la sociedad.

Y es que, como sabemos de sobra, la familia era el eje del sistema, y de ella se han servido los investigadores para llegar a las conclusiones que vamos a recopilar aquí. En efecto, en el Antiguo Régimen uno era quien era por su nacimiento, pero también por los lazos de sangre que establecían sus deudos a lo largo de su vida generando movimientos dentro de su margen. Por ello, la ocultación del pasado familiar judío que dominó las preocupaciones de sus descendientes fue una obsesión que generó que estos se ocuparan de la desaparición de mucha documentación inculpatoria que hoy nos resultaría increíblemente valiosa, empezando por los propios fondos inquisitoriales. Ello, unido a la falsificación de abolengos y creación de genealogías ficticias por encargo, acabaron por crear una filiación de muchos individuos totalmente falsa y, lo que es peor, a menudo muy difícil de refutar.

Pero es el rastreo masivo y cruce sistemático de fuentes escritas lo que ha hecho que no sea del todo imposible. Y ahí es donde es fundamental analizar todo el espectro familiar, como exponía el profesor Soria Mesa al respecto de su trabajo sobre Góngora, que citaremos. Así, la calificación de conversos de algunos de estos personajes procede de información directa de condenas inquisitoriales o acusaciones claras a familiares directos. Pero otras veces no gozamos de referencias tan claras, por lo que se ha de ampliar el foco a primos segundos, concuñados, sobrinos lejanos, hermanos de bisabuelos, y los respectivos matrimonios y familias políticas de todos ellos, para buscar indicios científicos que nos ofrezcan una panorámica mucho más compleja pero más fiel a aquella realidad. Parentescos que hoy nos parecerían excesivamente lejanos y forzados pero que aplican perfectamente al funcionamiento de la sociedad de los siglos XV al XVII. Es ahí donde entra en juego el enorme valor de la genealogía, no como retórica gloriosa, sino como necesario contexto, a lo largo y a lo ancho, de cada individuo. Y, como veremos, uno de los indicios más claros a la hora de detectar el origen converso de alguien es la endogamia que describen nuestros protagonistas y/o sus parientes más cercanos con otras familias de igual condición.

Este trabajo pretende así ser un sintético compendio de toda la información que bien se sabía desde hace ya tiempo -verbigracia sobre el pintor Bermejo o el cardenal Toledo-, o bien ha sido publicada fruto de in-

vestigaciones más recientes -sobre Juan Rufo, Góngora o el arzobispo San Clemente-, así como ofrecer alguna aportación novedosa aún por completar -al respecto de los Alfaro o Martín de Roa-. Con esta visión general, pues, llegaremos a la conclusión de que grandes iconos de la historia de Córdoba -cuya más evidente muestra es el hecho de que casi todos los que van a ser tratados tengan una calle con su nombre en la ciudad- fueron conversos. Una condición que había sido conscientemente ocultada, fría-mente ignorada o sencillamente desconocida, depende del caso, pero que en conjunto nos permiten acercarnos al enorme peso que esa minoría tuvo en la historia de España. Por cuestiones de tiempo y espacio, no están todos los que son, pero sí son todos los que están.

### **El pintor Bermejo**

Según lo que tradicionalmente se ha creído<sup>5</sup> parece que Bartolomé de Cárdenas nació Córdoba hacia 1440<sup>6</sup>. Desconocemos su origen tanto familiar como religioso, aunque sí sabemos que en la documentación histórica apareció primitivamente como Cárdenas, y luego apodado Rubeus -en latín- o Bermejo, a buen seguro por ser pelirrojo. Debió de aprender los primeros rudimentos de pintura en Córdoba, pero nada de su obra se conserva en su lugar natal, ya que no es hasta 1468 cuando se documenta por primera vez su actividad pictórica en Valencia<sup>7</sup>. Inauguraba así su carrera con el cuadro de San Miguel, un óleo sobre tabla para la iglesia de Tous, hoy conservado en la National Gallery de Londres. En esta obra ya demuestra la fortísima influencia de la escuela flamenca que se mantendrá a lo largo de su vida. En 1474 se documenta en Daroca, Zaragoza, donde realiza la que es quizá su pintura más conocida, Santo Domingo de Silos entronizado como obispo y que se conserva en el Museo del Prado. Entre 1477 y 1481 ejercerá su oficio en Zaragoza capital junto al pintor local Martín Bernat. En la década de los ochenta volvió a trabajar en Valencia y trabajará por primera vez también a Barcelona. Por fin en 1490 realizará para la catedral de la ciudad condal otra de sus obras maestras, la tabla *La*

---

<sup>5</sup> En 2012 se publicó un artículo que discutía en base a indicios pictóricos y documentales el origen cordobés de Bartolomé Bermejo, vid. Fernando Marías, "Bartolomé Bermejo ¿Cordubensis?", *Ars Longa*, 21 (2012), pp. 135-147.

<sup>6</sup> Los principales datos biográficos los hemos tomado de Francesc Ruiz i Quesada (et alii), *La pintura gótica hispanoflamenca: Bartolomé Bermejo y su época*, Bilbao, 2003.

<sup>7</sup> Antonio León Villaverde, *Bartolomé Bermejo y el reino de Valencia*, Valencia, 2006.

*Piedad*, encargo del canónigo Luis Desplá. Esta obra resulta de gran importancia tanto pictórica como biográfica: en lo artístico porque supone una de las primeras composiciones con un fuerte componente del paisaje que asumen la perspectiva y hondura del Quattrocento italiano en España, y en lo biográfico porque es la única referencia que tenemos a su origen cordobés, ya que aparece reseñada su identificación como “Bartolomeus Vermeio Cordubensis”<sup>8</sup>.



La Piedad conservada en la catedral de Barcelona, única obra en la que se especifica el origen cordobés de Bartolomé Bermejo.

En Barcelona desarrollará sus últimos trabajos, como la Santa Faz para la catedral de Vic -última obra conocida del autor-, o algunos menores, como los cartones para las vidrieras la catedral barcelonesa. Se data tradicionalmente su muerte entre 1500 y 1501, aunque se desconoce el lugar y fecha exacta. Gracias a la monumentalidad de sus composiciones, su deta-

<sup>8</sup> Aun con todas las dudas que esta inscripción ha generado en los últimos años Fernando Marías, Op. cit.

lismo exquisito y dominio del óleo junto al temple está considerado el mejor pintor el último tercio del siglo XV en la corona de Aragón y uno de los más representativos de la escuela hispano-flamenca<sup>9</sup>. La maestría de este pintor se demuestra en que su legado pictórico se conserva repartido por todo el mundo: a las ya comentadas pinacotecas de Madrid y Londres y las diferentes iglesias aragonesas se suman el Museo Nacional de Arte de Cataluña, el Bellas Artes de Sevilla, la capilla real de Granada, o ciudades como Bilbao, Lisboa, Italia y San Diego, Chicago y Boston en Estados Unidos. En otoño de 2018 el Museo del Prado le dedicó una magna exposición con una mayoría de sus principales cuadros.

A pesar de que, como decíamos al principio, no conocemos su origen familiar ni social, y apenas si podemos establecer conexiones con su Córdoba natal, lo cierto es que hay demasiados ingredientes para considerar a Bermejo como un personaje converso. A pesar de haber nacido en tiempos en que los judíos, aun con los problemas que habían sufrido desde hacía un siglo, podían vivir como tales en los reinos ibéricos, su vida coincide plenamente con el final de la época hebraica en España, el nacimiento de la Inquisición y la expulsión general de abril de 1492. Y así sus principales biógrafos dan a Bermejo por converso. El primer síntoma de ello lo ofrece su carácter nómada, huidizo, y siempre muy alejado de su lugar de origen, como escabulléndose de su pasado y su fama<sup>10</sup>. El hecho de que siempre vaya asociado a otros maestros demuestra que no podía pertenecer a un gremio al tratarse de un artista foráneo, ingredientes todos que nos hacen imaginar una procelosa vida, solo contrapesada por su indiscutible genio que admiró a todos. Y en segundo lugar, mucho más determinante, es debido a que se tiene conocimiento fehaciente de que su mujer Graciana de Palaciano, con la que contrajo matrimonio al llegar a Daroca hacia 1481 y que era ya viuda de Pedro de la Cueva y madre de Jaime de la Cueva, fue condenada por la Inquisición en el tribunal de Zaragoza entre 1486 y 1493 por judaizante, es decir, por practicar el judaísmo bajo la apariencia de cristiana. Graciana fue así una de las primeras penitenciadas en el reciente tribunal zaragozano<sup>11</sup>. Esta persecución y

---

<sup>9</sup> Gonzalo Máximo Borrás Gualis, *Enciclopedia del Museo Nacional del Prado*, Madrid, 2006, tomo II, pp. 492-493.

<sup>10</sup> Francisco Zuera Torrens, *Bartolomé Bermejo: el pintor nómada*, Córdoba, 1983.

<sup>11</sup> En el proceso por judaizar se le inscribe como “la mujer del Bermejo, pintor”. Vid. los trabajos de Javier García Marco, Miguel Ángel Motis Dolader y María Luz Rodrigo Estevan, *Procesos inquisitoriales de Daroca y su comunidad. Estudios preliminares, edición e índices*, Daroca, 1994; y Fernando Marías, “Bermejo in Daroca”,

condena de la mujer del pintor es más que suficiente para entender el origen de ambos, por lo que de asumir la cuna cordobesa de Bermejo estaríamos ante uno de los primeros grandes conversos de la historia de la ciudad. En el siglo XX a la vieja calle Almona de Paso se le bautizará como “Pintor Bermejo”, en su honor.

### **Francisco de Toledo, primer cardenal jesuita**

El primer cordobés en acceder al capelo cardenalicio, y al mismo tiempo primer purpurado de la Iglesia de toda la orden jesuita, fue Francisco de Toledo, que nació en la ciudad de la Mezquita el 4 de octubre de 1532<sup>12</sup>. Fueron sus padres Alonso de Toledo, escribano público de la ciudad, y doña Isabel de Herrera, vecinos de la collación de San Miguel, quienes además tuvieron por hijos a Luis Núñez de Toledo, a Luisa, casada con Andrés de Harana, Leonor de Toledo, casada con Fernando de Harana, Teresa, Isabel y Francisca, estas tres últimas monjas en el convento de Santa María de las Nieves, hoy desaparecido<sup>13</sup>. De los apellidos, profesiones y parentescos de su familia se desprende muy rápidamente la sombra conversa que se cierne sobre su familia y, por ende, sobre él.

Siendo por tanto el menor de los varones, Francisco emprendió la carrera eclesiástica. Marchó primero a estudiar artes y filosofía a Valencia, vuelve a Córdoba en 1555, y luego ingresa en la Universidad de Salamanca para estudiar teología, donde se ordenó en 1556. Dos años después en aquella ciudad ingresó en la compañía de Jesús y el mismo día otorgó su primer testamento haciendo la renuncia de las legítimas en sus padres<sup>14</sup>. En 1559 marcha a Roma por iniciativa de San Francisco de Borja y de Diego Laínez, y en aquella ciudad se consolida su posición de gran filósofo y comentarista de los textos sagrados en el Collegio Romano. En la

---

en Francesc Fité y Alberto Velasco (eds.), *Late Gothic painting in the Crown of Aragon and the Hispanic Kingdoms*, Lérida, 2013, pp. 343-366.

<sup>12</sup> Hay dudas con respecto al año exacto de su nacimiento, dando lo autores las fechas de 1522, 1532 y 1533, probablemente por errores de transcripción o imprenta. Antonio Fonseca, *Raccota d'Opuscoli scientifici e filologici*, tomo XXXI, Venecia, 1744, p. 175. Principales datos biográficos tomados de Feliciano Cereceda “En el cuarto centenario del nacimiento del P. Francisco de Toledo”, *Estudios Eclesiásticos*, 13 (1934), pp. 90-108; y José Valverde Madrid, “Centenarios cordobeses”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, Año LXVI, 129 (julio-diciembre 1995), pp. 358-362.

<sup>13</sup> Todo ello más extensamente consta en el testamento de Alonso de Toledo dado en Córdoba el 3 de diciembre de 1572 ante Pedro Suárez Muñoz.

<sup>14</sup> Se otorgó en Salamanca el día 3 de junio de 1558 ante Pedro Cañizo. J. Valverde Madrid, “Centenarios cordobeses”, p. 360.

capital de la Cristiandad se asentará ya definitivamente -buena forma de hacer olvidar sus orígenes hebraicos, en una ciudad donde esa sangre poco importaba-, ocupando puestos de profesor de filosofía y teología y siendo rector de algunos seminarios. Con su profunda y reflexiva capacidad se convertirá pronto en la más señera figura de la escolástica en su tiempo<sup>15</sup>.

Quizá precisamente por sus orígenes conversos -tal y como le acusó el embajador Zúñiga- fue uno de los defensores del arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza en su proceso de herejía en 1570<sup>16</sup>. Los papas Pío V, Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII confiaron en sus intelecto y dotes de negociación para diferentes cuestiones, especialmente para misiones diplomáticas por varias cortes europeas, desde Polonia a Francia pasando por Viena o Baviera. Dentro de ellas participó en la comisión de reconciliación del rey Enrique IV de Borbón con la Iglesia Católica. Fue precisamente Clemente VIII quien en el consistorio de 17 de septiembre de 1593, y ante la imposibilidad de que un jesuita fuera obispo, le otorga el capelo cardenalicio en recompensa de toda su trayectoria y altísimos servicios prestados. Lo recibió con el título de Santa María de Transpontina el día 11 de octubre siguiente. No obstante, la vida le reservaba ya poco tiempo en este valle de lágrimas. Murió en Roma, tras tiempo enfermo, recluido en una casa jesuita, el 14 de septiembre de 1596, mismo día en que había redactado su último testamento. Sus colegas, los cardenales Giustiniani y Aldobrandini, sobrino del papa, encargaron el diseño y realización de su lograda sepultura que aún se conserva en la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma<sup>17</sup>. Tradicionalmente se ha sostenido que el epitafio de su sepulcro se debe al mismísimo papa Clemente, a cuyo afecto había ganado la púrpura.

D.O.M. FRANCISCO TOLETO Cordubensi, S.R.E. Presbytero Cardinali, summo Theologo, Verbi Dei praedicatori eximio, in rebus magnis agendis consilio & prudentia singulari, qui ob excellentem virtutem, & merita, praeclaro Clementis VIII. Pontificis Maximi iudicio primus in Societatem IESV amplissimam dignitatem intulit. Vixit An. LXIII. Menses XI. Dies X. Obiit Anno MDXCVI. Die XIV. Sept. Sancta Dei Genitrice haerede instituta, Presbyteris, qui ad eius Altare

<sup>15</sup> Romualdo Galdós, "Méritos escriturísticos del Cardenal F. de Toledo", *Archivo Teológico Granadino*, 3 (1940), pp. 19-33.

<sup>16</sup> José Ignacio Tellechea Idígoras, "Censura inédita del P. Toledo sobre el Catecismo de Carranza, cotejo con la de Melchor Cano," *Revista Española de Teología*, XXIX (1969), pp. 3-35.

<sup>17</sup> Justo Alonso Fernández, "El Cardenal Francisco de Toledo, S. J., y su fundación en Santa María la Mayor", *Anthologica Annua*, 37 (1990), pp. 363-380.

Missas celebrans, censum, perpetuum attribuit, iussit, Benedictus Iustinianus, Petrus Aldobrandinus Cardinales executores testamentarii, Collegæ optimo, et Capitulum, & Canonici husus Basilicæ viro amplissimo, & optime de se merito posuerunt.

Fruto de su brillante intelecto conservamos una decena de obras de su producción teológica y filosófica, la mayoría publicadas póstumamente, siendo la más conocida *Opera Omnia philosophica*. El solar que ocupaba el desaparecido convento de Santa María de las Dueñas, en el antiguo barrio de El Salvador, hoy recoleta plaza, fue llamado en el siglo XX del “Cardenal Toledo” en su recuerdo.



Placa de la plaza Cardenal Toledo en Córdoba capital.  
Fotografía del autor.

### **Un arzobispo cordobés en Santiago, Juan de San Clemente**

Otra de las grandes figuras de la Iglesia del siglo XVI nacidas en Córdoba fue don Juan de San Clemente Torquemada (1534-1602), que llegó a ser nada menos que arzobispo de Santiago, una de las tres mitras más ricas de España, durante tres lustros. Vino al mundo en Córdoba el día 19 de agosto de 1534, siendo hijo de Juan de San Clemente y de Catalina Torquemada, y de su niñez datan algunas referencias que lo hacen pariente de San Juan de Ávila y de Ambrosio de Morales.

Su biografía es de sobra conocida desde hace siglos<sup>18</sup>. Aprendió letras en su Córdoba natal, pasando luego a estudiar a Alcalá de Henares, en el colegio de San Antonio de Sigüenza, en el que consiguió el grado de doctor y la ordenación, y con beca en el colegio de Santa Cruz de Valladolid, en cuya universidad llegaría a ser catedrático. Por oposición luego consiguió la dignidad de magistral en la catedral de Badajoz, ciudad en la que conoció a Felipe II instalado allí una temporada. El monarca conoció así de primera mano sus virtudes y se fija en él para catapultarlo a la carrera episcopal con la diócesis de Orense en 1578. Curiosamente para su consagración como obispo estuvieron presentes el arzobispo de Santiago, Francisco Blanco, y el bujalanceño don Diego de Torquemada, obispo de Tuy, su pariente.

Tras ocho años de exitosa gestión, el rey Prudente lo promociona a la vecina mitra de la archidiócesis de Santiago en 1587. Nada más llegar a este cargo tuvo que enfrentarse a la amenaza naval inglesa lanzada por Drake contra las costas gallegas tras el desastre de la Armada Invencible, en 1588. De su paso por Santiago queda la definitiva implementación del Concilio de Trento, uno de cuyos más importantes legados fue de la fundación de un colegio con su apellido “San Clemente”, desaparecido en el siglo XIX. Igualmente se tiene noticia de algunas medidas más o menos anecdóticas que promovió, como la nueva forma ideada para el botafumeiro, la reforma del coro -quitando el antiguo coro de piedra románico- o la realización de un gran inventario de bienes de la mesa arzobispal. Falleció el día 20 de abril de 1601 y sus restos descansan en Santiago.

Su primer biógrafo no tiene empacho en reconocer al respecto de su familia que aunque “va poco en saber el origen de los padres” fueron “hombres nobles y muy siervos de Dios, cuyos apellidos no solo dicen sino encaren lo Ilustre de su sangre”<sup>19</sup>. Pero en esta huera y rancia afirmación cualquier parecido con la realidad era pura casualidad. Sobre el origen de los San Clemente hay versiones contradictorias. En sus biografías tradicionales lo hacen descendiente de los que este apellido usaban en Ávila, al parecer sí de origen hidalgo<sup>20</sup>. Sin embargo, investigaciones contemporáneas han filiado a este arzobispo nacido en Córdoba con un

---

<sup>18</sup> En el siglo XVIII aparece su primera biografía publicada, Pedro Sanz del Castillo, *Vida del Excmo. Sr. D. Juan de San Clemente Torquemada*, Santiago de Compostela, 1769.

<sup>19</sup> *Ibidem*, fol. 2.

<sup>20</sup> Fray Luis Ariz, *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Ávila*, Alcalá de Henares, 1607.

origen converso en lo que se refiere a su sangre paterna en Soria<sup>21</sup>. Después de diferentes altercados a finales del siglo XV dos de los miembros de esta familia, Fernán Martín de San Clemente y su hijo Alonso, son asesinados en la capital soriana precisamente por su sangre judía, por lo que el resto salieron huyendo. Bisnieto del primero fue Juan de San Clemente, que ya se documenta en Córdoba y que casará con Juana Fernández de Torquemada, padres del arzobispo<sup>22</sup>. La familia se integró a la perfección en la élite cordobesa, probablemente porque conservaron parte de sus redes y su riqueza, hecho que combinado a la fortuna de la promoción episcopal de don Juan generaron un ascenso meteórico. La hermana del arzobispo, doña Leonor de San Clemente Torquemada, consiguió un matrimonio dentro de la más antigua oligarquía local, con don Rodrigo Páez de Castillejo y Muñiz de Godoy, con quien tuvo dos hijos: Rodrigo Páez de Godoy, que ingresó como caballero veinticuatro del concejo cordobés en 1600<sup>23</sup>, y su hermano Juan de San Clemente y Godoy, a quien su tío colocó como arcediano de Nendos, en la catedral de Santiago, y acabó siendo -a pesar de su origen- inquisidor en Mallorca, Logroño, Valencia y Toledo<sup>24</sup>.

La gran fortuna que le dio su posición de mitrado y su ansia de permanencia hizo que San Clemente promoviera numerosas obras en los obispados que ocupó, Orense y Santiago, pero también en Córdoba capital, destacando el propio crucero catedralicio cordobés y la capilla de los Santos Mártires, en la parroquia de San Pedro, cuyos restos se descubrieron durante su estancia orensana<sup>25</sup>. Y así dan buena cuenta de ello los numerosos escudos de armas que se encuentran repartidos en las tres diócesis, sus dos residenciales y la natal, destacando la imponente reja que cierra la capilla de los mártires. Con toda esta apariencia el rastro converso pareció olvidarse y mutarse por otro nobilísimo a la altura de su estatus. Pero hoy sabemos que no fue así.

<sup>21</sup> Máximo Diago Hernando, “Judíos y judeoconversos en Soria en el siglo XV”, *Celtiberia*, 84 (1992), pp. 241-243.

<sup>22</sup> Vid. el estudio de Isabel Barrado Jiménez, “Ascenso social a través de los Colegios Mayores salmantinos. Los casos de los cordobeses Torquemada y Torquemada San Clemente”, *Revista Anahgramas*, II (2016), pp. 271-295.

<sup>23</sup> AHMC, Pruebas de caballeros Veinticuatro, Expte. 75

<sup>24</sup> Francisco Ruano, *Casa de Cabrera en Córdoba*, Córdoba, 1779, Ed. Cordoba, 1994, p. 363.

<sup>25</sup> Ramón Yzquierdo Perrín, “El mecenazgo de don Juan de San Clemente. Un cordobés arzobispo de Santiago”, *Ucoarte. Revista de Teoría e Historia del Arte*, 3 (2014), pp. 9-34.



Parte superior de la reja de la capilla de los Santos Mártires de Córdoba en la parroquia de San Pedro, donada por el arzobispo San Clemente Torquemada, donde se puede ver su escudo de armas. Fotografía del autor.

### **El autor que salvó Cervantes, Juan Rufo**

Uno de los más afamados literatos españoles en su época, hoy bastante más oscurecido, fue el cordobés Juan Rufo, cuyo reconocimiento le llegó por su obra *La Austríada*, poema épico publicado en 1584 dedicado a don Juan de Austria, del que fue cronista. Rufo había vivido junto al hijo bastardo del emperador la campaña contra la sublevación de los moriscos de Granada en 1568 y luego en 1571 se encontró junto a él, en la misma nave que capitaneaba la flota de Lepanto. Fue esta última gesta la que precisamente inspiró la redacción de su magna obra cuyo contenido, forma y título eran un homenaje e inspiración de la *Ilíada*. A pesar de que la crítica actual conviene en que su calidad y profundidad lírica no alcanza la cumbre de otras figuras coetáneas, lo cierto es que debió de gozar de la mayor de las celebridades a finales del siglo XVI y comienzos del XVII. Tanto es así que *La Austríada* pasa más a la historia por citarse en otra obra de calado universal, nada menos que en la primera parte del *Quijote*, publicada en 1605. En el capítulo VI, Cervantes pone en boca del cura mientras hacen “el donoso escrutinio” de la biblioteca del hidalgo manchego:

“- Señor compadre, que me place -respondió el Barbero-. Y aquí vienen tres, todos juntos: La Araucana, de don Alonso de Ercilla; La Austríada, de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y El Monserrato, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

- Todos esos tres libros -dijo el cura- son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España”<sup>26</sup>

Para el gusto cervantino, pues, la obra de Rufo era una de las más brillantes de entre todas las demás escritas en su tiempo. Quizá por eso ya en la primera edición de *La Austríada*, y como era común en su tiempo, se incluyó un soneto del escritor alcalaíno que gloriaba al propio Rufo.

¡O venturosa, levantada pluma,  
que en la empresa más alta te ocupaste  
que el mundo pudo dar, y al fin mostraste  
al recibo y al gasto igual la suma!

Calle de hoy mas el escriptor de Numa,  
que nadie llegará donde llegaste,  
pues en tan raros versos celebraste  
tan raro capitán, virtud tan suma.

¡Dichoso el celebrado y quien celebra,  
y no menos dichoso todo el suelo,  
que de tanto bien goza en esta historia,  
en quien envidia o tiempo no harán quiebra,  
antes hará, con justo celo, el cielo,  
eterna más que el tiempo su memoria!

No es descabellado pensar que aquella admiración no fuera meramente literaria, sino que hubiera nacido tras fraguarse una auténtica amistad precisamente en el momento histórico en el que tenemos certeza que ambas vidas se cruzaron, la propia batalla en el mediterráneo que frenó a los turcos en octubre de 1571. De la pluma de Rufo nacieron también otras obras, de las que destacan *Las seiscientas apotegmas*, de género epigramático, publicada en Toledo en 1596. Todos los estudios apuntan que tras la muerte de su padre volvió a Córdoba a hacerse cargo de la tintorería que regentaba, ciudad en la que otorga su testamento en 1580 de-

---

<sup>26</sup> Hemos utilizado la edición del IV Centenario, Madrid, 2004, p. 41

clarándose enfermo<sup>27</sup>, renunciando pocos días más tarde a su oficio de jurado. Al año siguiente nació en la misma ciudad su hijo Luis Rufo, y nuestro escritor viviría aún muchas décadas para ver crecer a su descendencia, falleciendo en su ciudad natal en 1620. El ayuntamiento cordobés tributa en su recuerdo el nombre de la calle que conecta la calle Alfaro con las casas de los Villaseca, en la collación de San Andrés, llamada *Juan Rufo* desde 1862<sup>28</sup>.

Pero... ¿de dónde había salido Juan Rufo? Ya en su primera biografía<sup>29</sup> se apunta que, a pesar de su trayectoria caballeresca y heroica, de sus altos contactos, e incluso de su condición de jurado, no era ni un simple hidalgo, y “se conformó con su estado de pobre tintorero”<sup>30</sup>. El biógrafo, sibilamente, engloba a Rufo en un cajón de sastre de cordobeses que fueron iconos de la cultura de su tiempo -Antón de Montoro, Rodrigo Cota, Juan Alfonso de Baena...- todos “judíos conversos que supieron elevarse y merecieron la consideración de reyes, príncipe y magnates”, para a renglón seguido aclarar que “Rufo, si no noble, era de familia honrada y cristiana vieja”<sup>31</sup>. No sabemos si Ramírez de Arellano hacía esta comparación desde la ignorancia, el prejuicio, la prudencia o la intuición, puede que todo a un tiempo, pero está claro que los orígenes sociales se conocen desde hace mucho.

Juan Rufo nació así en Córdoba en 1547 en la collación de Santiago, siendo el segundo de los hijos del tintorero Luis Rufo o Rofos y de María Núñez. En efecto en aquel barrio vivieron varias generaciones de esta familia ejerciendo este oficio, y aún hoy se conserva próxima a la parroquia y a la puerta de Baeza la conocida como calle de los *Tintes*. Por el codicilo de su padre sabemos que estudió en Salamanca, y, una vez que volvió, su padre determinó comprar con la corta fortuna que tenía una juradería del cabildo cordobés en 1566, que dos años más tarde consigue que se le provea a su hijo Juan Gutiérrez de Córdoba, primitiva filiación familiar que usó Rufo. En el ejercicio de este cargo participó como procu-

<sup>27</sup> Declarando haber “peregrinado por el mundo”, el 27 de septiembre de 1580 ante Pedro Gutiérrez, folio 1268 vº.

<sup>28</sup> Teodomiro Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca, *Paseos por Córdoba o sean apuntes para su historia*, Córdoba, 1875, Ed. Córdoba, 1983, p. 145.

<sup>29</sup> Durante los siglos XIX y XX lo estudiaron tangencialmente algunos cervantistas. Aunque una pequeña reseña de su vida aparece en el Indicador cordobés de Ramírez de las Casas Deza en 1867, hemos de esperar a la obra de Rafael Ramírez de Arellano en 1912 para tratar strictu sensu de una biografía completa y crítica.

<sup>30</sup> Rafael Ramírez de Arellano, *Juan Rufo, jurado de Córdoba*, Madrid, 1912, p. 7.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 8.



Así hemos de esperar a fechas muy recientes para que se aclare de una vez el contexto familiar y social de Rufo, claramente converso<sup>33</sup>. Si nos acercamos a la parentela inmediata del autor de *La Austríada* sabemos de la fuerte endogamia que mantuvieron sus parientes entre sí, entre mercaderes de paños y tintoreros, y aparecen entre sus cuñados, primos y tíos las familias más notoriamente conversas de la ciudad. Por no extendernos demasiado, y remitir a más detalles al trabajo del profesor Soria Mesa, baste citar al esposo de su tía carnal, Pedro de Llerena, sus tíos y primos maternos de apellido Triguillos, su primo el mercader Bernabé Jurado casado con Leonor de Cazalla, su hermana Leonor Gutiérrez casada con Juan Ruiz Aragonés, o su cuñado Sánchez de Castillejo, todos ellos no solo de ascendencia judía conocida sino emparentados directamente con multitud de personas de las que se tiene noticia de ser procesados y reconciliados por el Santo Oficio. El caso de Rufo constituye pues un excelente ejemplo de cómo la consulta de documentación y el cruce de fuentes documentales muy diversas en torno a un trabajo genealógico riguroso ofrecen una revisión histórica no solo interesante si no necesaria de nuestro conocimiento de la sociedad del Antiguo Régimen.

### **Los ricos jurados Gonzalo Muñoz de Velasco y Martín Gómez de Aragón**

Queremos analizar ahora dos figuras que a buen seguro ni la memoria colectiva cordobesa ni si quiera la gran mayoría de eruditos puede que conozcan. En parte, lógicamente, porque su notoriedad no se debió a una gran aportación de calado cultural o político, sino a su peso socioeconómico en un momento histórico muy concreto. Los incluimos en este trabajo, pues, no por una trascendencia histórica que hayan mantenido en el tiempo, sino por la indiscutible fama, aunque fuera flor de un día, que alcanzaron durante sus vidas y a buen seguro durante algún tiempo después de su muerte. Los traemos juntos, además, porque ambos describieron trayectorias casi idénticas: fueron conversos, muy acaudalados, primero mercaderes y luego jurados, yacen enterrados en sus respectivas capillas en la catedral y vivieron en la misma época, durante los reinados de Felipe II y Felipe III grosso modo.

Cronológicamente el primero de ellos fue Gonzalo Muñoz de Velasco, a cuya biografía y descendencia hemos dedicado hace poco una inves-

---

<sup>33</sup> Se lo debemos al profesor Enrique Soria Mesa, “Juan Rufo, judeoconversos. El origen judío del autor de *La Austríada*”, *Creneida*, 6 (2018), pp. 8-45

tigación muy a fondo<sup>34</sup>. Debió de nacer hacia 1549, siendo hijo de Juan Sánchez de Ahumada y Leonor Muñoz<sup>35</sup>. La principal escritura por la que conocemos su intensa trayectoria vital es su testamento de 1616<sup>36</sup>, en el que ya figura como jurado de Córdoba, demuestra una importante fortuna y se manda enterrar en su hueco y capilla situada bajo el arco que cuatro años antes le había cedido el cabildo de la catedral cordobesa para su sepultura y la de sus descendientes, la capilla de los Santos Varones o del Descendimiento, en el muro norte de la catedral<sup>37</sup>. En ella sería inhumado tras su muerte acaecida tres años más tarde, en 1619.

Las redes familiares del jurado Muñoz de Velasco fueron muy extensas gracias a su enorme prole, ya que con sus dos esposas llegó a tener un total de 17 hijos. Y así, gracias al cotejo de fuentes notariales, parroquiales, eclesiásticas e inquisitoriales conocemos que este personaje construyó su fortuna gracias a sus ricos negocios como mercader de seda. En su propio testamento se habla explícitamente de la compañía de comercio que tenía con su hijo Juan Sánchez Muñoz por valor de 2.000 ducados, una cantidad bastante importante para la época. Esta referencia directa nos lleva a unir la figura del jurado Gonzalo Muñoz de Velasco con el rico comerciante Gonzalo Muñoz -a secas- que aparece con decenas y decenas de escrituras como mercader de seda en los protocolos cordobeses entre 1570 y 1600<sup>38</sup>. El valor de estos negocios, de sedas y damascos, se cifra en muchos miles de reales, gracias a los cuales no solo sacó adelante a su numerosa familia sino que logró posicionarla entre la mesocracia cordobesa, tanto en lo social como en lo patrimonial. Estableció varias cantidades de capitales para censos, dotó a hijas y sobrinas, socorrió la vida clerical de sus hijos y nietos con la constitución de capellanías, adquirió casas, fundó un mayorazgo y construyó la capilla catedralicia que comentábamos hace un instante.

Y a propósito de este adinerado jurado tenemos documentación directa para conocer que era converso. En efecto, en 1567 Gonzalo Muñoz con

<sup>34</sup> Gonzalo Jesús Herreros Moya, “La reconstrucción del patrimonio judeoconverso. La familia, la casa solariega y la capilla catedralicia de los Muñoz de Velasco en Córdoba”, *Historia y Genealogía*, 8 (2018), pp. 206-230.

<sup>35</sup> La mayor parte de sus datos biográficos los tomamos de su testamento, otorgado en Córdoba en 1616. AHPCO, Leg. 10.297, Testamentos cerrados de Rodrigo de Molina, testamento de Gonzalo Muñoz de Velasco.

<sup>36</sup> AGOC, Leg. 3.752, cuaderno 1.

<sup>37</sup> Manuel Nieto Cumpido, *La Catedral de Córdoba*, Córdoba, 2007, pp. 424-433.

<sup>38</sup> Por ejemplo, en las partidas bautismales de sus hijos, APSCC, Libro 3 de bautismos, c. 46 y 153, y libro 5 de bautismos, c. 253 y 386v, así como en multitud de escrituras notariales, por ejemplo, AHPC, Leg. 12.420, f. 1488 y 1488v.

apenas 18 años es citado en las declaraciones de Juan Sánchez de la Fuente ante la Inquisición de Córdoba<sup>39</sup> como hijo de Juan Sánchez de Palma - luego en su testamento citado como Juan Sánchez de Ahumada- y de Leonor Muñoz, de quien tomó el apellido. Gracias a esta testificación sabemos que ya por entonces toda la familia se dedica al comercio de la seda, “sederos”, y que todos son “confesos”, con abuelos y bisabuelos reconciliados y huidos tras la persecución de Lucero en 1502-1504. Una vez consolidada rica posición la eufónica composición *Muñoz de Velasco* del apellido que usarían Gonzalo y sus descendientes no fue más que un descarado y útil invento para dar prestancia a un origen familiar de lo más vergonzante.

Y esta procedencia hebraica se va amplificar con los lazos de parentesco que comprobamos en los hijos, nietos y bisnietos de Gonzalo Muñoz de Velasco, quien ejerció de patriarca de su inmensa prole. Su hijo Luis Muñoz de Velasco casaría con Beatriz de Castillejo, hija del escribano Alonso Rodríguez de la Cruz y de María de Castillejo, hija a su vez de Andrés Sánchez de Castillejo y Beatriz Uceda, todos ellos conocidos conversos y emparentados con Juan Rufo. Hija de este fue doña Juana de Castillejo Velasco, esposa del jurado y rico mercader también Bartolomé Sánchez de Cota, de quienes más adelante hablaremos. Otra hija del jurado Gonzalo Muñoz fue Beatriz Muñoz de Velasco, casada con Andrés Sánchez de Castillejo, también jurado y mercader, pariente de los anteriores. El sucesor en la casa, Rodrigo Muñoz de Velasco, casó dos veces, la primera con María Victoria de Figueroa y Orbaneja, y la segunda con Catalina de Galarza, ambas de familias de escribanos, mercaderes y conversos. La memoria hebraica de todos ellos se fue ocultando con el tiempo, y así se consiguió su olvido, pero aun así durante al menos tres generaciones más los Muñoz de Velasco, ya ennoblecidos, siguieron teniendo negocios textiles y casando con familias de pasado judío, por lo que no parecieron apartarse nunca de su identidad<sup>40</sup>.

El prestigio y la riqueza de Gonzalo Muñoz de Velasco, sin duda, compraron la ceguera de los cordobeses al respecto de su sangre cuando se concluyó su espléndida capilla en el primer templo de la ciudad, con su flamante escudo de armas. Mismo blasón que todavía se puede ver en las casas principales de la familia, en la plaza Pozo de Cueto, en la collación de la catedral. En ella residieron sus descendientes que acabaron por

<sup>39</sup> AHN, Inquisición, Leg. 1492-1, c. 49-51. Agradezco, una vez más, los datos aportados por el Dr. E. Soria Mesa con los que trabajó Francisco I. Quevedo Sánchez.

<sup>40</sup> Por ejemplo, ver las cartas de venta AHPC, Leg. 16.041, c. 177, c. 252.

coronar a la familia en la oligarquía local, con su tataranieto don Rodrigo Muñoz de Velasco, quien consigue el hábito de Santiago<sup>41</sup>, y don José Muñoz de Velasco y Gutiérrez Ravé, caballero veinticuatro de Córdoba<sup>42</sup>.



Inscripción de la capilla funeraria de Gonzalo Muñoz de Velasco en la catedral de Córdoba, fechada al momento de concluirse en 1614. Fotografía del autor.

<sup>41</sup> En 1711, AHN, OOMM, Exptes. Santiago, 5.632.

<sup>42</sup> En 1770, AHMC, sección 02.09, Pruebas de caballeros Veinticuattros, Expte. 371

Trayectoria muy similar encarnó Martín Gómez de Aragón o Gómez Aragonés, probablemente de mucha mayor fortuna que el anterior, aunque de menos tentáculos sociales al carecer de hijos. El mejor ejemplo de su fuerte notoriedad en la época, pues casi podríamos hablar de que estamos ante un pequeño cacique local, se comprueba en el hecho de que tras morir en 1635 su testamento se editó y se imprimió cual libro para conservar su memoria. Como otros muchos conversos, y en concreto con idéntica actividad que el anterior Muñoz de Velasco, Martín Gómez Aragonés va a hacer fortuna gracias a la enorme expansión del comercio textil en la Córdoba del XVI, catapulta que hará que su origen converso se obvie para dotarlo de un prestigio e influencia que por sangre hubiera sido impensable. A finales de esta última centuria aparece ya avecindado en el barrio de la catedral, en la calle Carniceros -actual Martínez Rucker-, regentando un próspero negocio de sedas, lanas y tejidos durante décadas junto a su padre, Alonso Gómez de Figueroa; misma ocupación que había tenido su abuelo Pedro Gómez<sup>43</sup>. Entre su parentela inmediata encontramos a dos primos suyos que ejercieron idénticos negocios al mismo tiempo, el jurado Alonso Gómez de Figueroa y su hermano Pedro Gómez de Figueroa, núcleo familiar que lo conecta con los escribanos Molina, Castril o Barquilon, linajes todos ellos de honda raíz hebraica en la ciudad y de los que vamos a volver a hablar a lo largo de este trabajo.

Pero Martín Gómez, consciente de que había que dar un paso más, no se quedó siempre en el negocio textil, y con sus beneficios invirtió y forjó un recio engranaje que creció con la compra de juros, rentas y estancos, que le hicieron gozar de unos ingresos de renta libre anual de alrededor de 5.000 ducados. El considerable nivel económico de él y su familia se aprecia en el valor de los mayorazgos que fundaron o las dotes matrimoniales que otorgaron, como muestra por ejemplo la de María de Aragón, hermana de los dos Gómez de Figueroa y prima de Martín Gómez Aragonés, que para casar con el escribano Rodrigo de Molina en 1591 otorgó 4.500 ducados de dote, una fortuna solo parangonable con la de la élite aristocrática local. El propio Martín Gómez de Aragón dejó 2.000 ducados como dote a cada una de sus sobrinas, y fundó por vía testamentaria un mayorazgo con un cortijo y censos por valor de 14.000 ducados de capital<sup>44</sup>.

Sin duda este potencial económico venía de lejos tanto en el tiempo, hacia atrás, como en el espacio, a lo ancho, y en ese ascenso colaboró su

---

<sup>43</sup> F. I. Quevedo Sánchez, *Estrategias familiares con fines económicos* cit., p. 78.

<sup>44</sup> Testamento, cláusula 37.

familia política. Martín Gómez estaba casado con Leonor, hija de Alonso de Cazalla, otro próspero mercader que había dado el salto al oficio de jurado a fines del XVI. Hijo a su vez del escribano Pedro de Llerena y yerno del mercader Juan de Chillón, todos ellos de conocida procedencia conversa, pero de posición socioeconómica más que desahogada, que ya habíamos traído para hablar de la parentela de Juan Rufo. El propio jurado Cazalla, suegro de Martín, al final de su vida fundó una serie de capellanías ya como *don* Alonso de Cazalla, que serían el pie para la capilla funeraria que reconfiguraría Martín Gómez Aragonés<sup>45</sup>.

Como los ejemplos de Juan Rufo o Gonzalo Muñoz de Velasco, el oficio de jurado -representantes vecinales de cada collación de las ciudades- fue esa puerta de entrada a la condición -pero sobre todo a la apariencia- caballeresca de los más bajos estratos sociales<sup>46</sup>. El cuerpo de jurados configuró así un estatus confuso entre los pecheros y los nobles, ya que en teoría se nutrían del común pero su situación jurídica era de privilegiados<sup>47</sup>. Intersticio que supo ocupar también Martín Gómez a comienzos del siglo XVII para dar el salto a un mayor lustre y blanquear su fortuna, socialmente hablando. Consiguió así un juradería por la collación de San Lorenzo, aunque jamás residió en dicho barrio, lo que evidencia que a esas alturas este oficio no suponía una representación vecinal auténtica sino una herramienta de mero honor social. Y casi de inmediato, hacia la década de 1600-1610, Martín Gómez empieza a dejar de aparecer en las fuentes como mercader y se presenta ya solo como jurado. Con ello abandonó la forma ‘Gómez’ o ‘Aragonés’ de su apellido y pasó a usar casi exclusivamente la mucho más cadenciosa ‘Gómez de Aragón’. Casi tres siglos más tarde aún se mantenía la memoria de que la calle Carniceros se había conocido también por la de Martín Gómez, en alusión a «un caballero de este nombre que moró en una de sus casas»<sup>48</sup>.

Dos fueron los legados más importantes del jurado Gómez de Aragón. El primero fue su capilla funeraria, donde dispuso ser enterrado, que, aunque había sido establecida por su suegro en 1597 fue nuevamente refundada en el muro norte de la catedral de Córdoba en 1612, bajo la

<sup>45</sup> Enrique Soria Mesa, “Las capellanías en la Castilla moderna: familia y ascenso social”, en *Familia, transmisión y perpetuación (siglos XVI-XIX)*, 2002, pp. 135-148.

<sup>46</sup> Enrique Soria Mesa, *La nobleza en la España Moderna*, Madrid, 2007, p. 221.

<sup>47</sup> Joaquín Centeno Yáñez, *Los jurados de Córdoba, 1454-1579. Estudio jurídico-institucional*, Córdoba, 2000, p. 75.

<sup>48</sup> T. Ramírez de Arellano, *Paseos por Córdoba*, p. 564.

advocación de Ntra. Sra. de la Antigua<sup>49</sup>. Pero veinte años más tarde, por su testamento otorgado el día 29 de octubre de 1635<sup>50</sup> fundaba un convento con su propio nombre, llamado así de San Martín, sobre las antiguas casas principales de los marqueses de Comares, frente a la iglesia parroquial de San Nicolás de la Villa. Dicho convento fue demolido en 1840 para trazar un paseo salón al gusto de la burguesía decimonónica, hoy bulevar del Gran Capitán, pero que en sus inicios se llamó *Paseo de San Martín* en su recuerdo<sup>51</sup>. Los gastos para la fundación monacal sumados a otras tantas becas, capellanías y legados testamentarios se contaban por miles y miles de ducados. Curiosamente, tanto en el frontón de la portada de su capilla catedralicia -apenas a 10 metros alineada con la de Gonzalo Muñoz de Velasco-, y en la primera página de la edición impresa de su testamento se muestran sus armerías, un escudo en campo de oro con cuatro barras de gules, idéntico al de la casa real de Aragón<sup>52</sup>, evidente fantasmiosa vanidad de un converso que había llegado a unas cotas de poder socioeconómico de primer nivel en su ciudad natal.

## Martín de Roa

Quizá un personaje no tan conocido para el gran público pero de indudable importancia histórica fue el padre Martín de Roa, como el cardenal Toledo también jesuita. Historiador y teólogo, nació en Córdoba capital en 1559<sup>53</sup>, y muy joven ingresó en el reciente colegio cordobés de Santa Catalina -fundado en 1553-, pasando luego a Sevilla, en cuyo colegio mayor de Santa María de Jesús consiguió el grado de bachiller en 1576. Se documenta muy poco después estudiando en Osuna, en cuya universidad consiguió ser licenciado en Artes al año siguiente, y en 1578 ingresó ya en la Compañía de Jesús. A buen seguro tuvo mucha influencia en su ingreso en la orden el jesuita Diego de la Cruz, primo hermano del padre de Martín. Por fine el colegio de Baeza finalizará sus estudios de teología

---

<sup>49</sup> M. Nieto Cumplido, *La Catedral de Córdoba*, p. 433.

<sup>50</sup> Fallecería el día 2 de diciembre siguiente.

<sup>51</sup> VV.AA., *Córdoba, ciudad conventual*, Córdoba, 2014, p. 169.

<sup>52</sup> Juan Andrés Molinero Merchán, *La Mezquita-Catedral de Córdoba: símbolos de poder*, Córdoba, 2005, p. 462.

<sup>53</sup> Los principales datos biográficos tomados Charles E. O'Neill y Joaquín María Domínguez (dirs.), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, vol. IV, Roma-Madrid, 2001, pp. 3377-3378; y Estanislao Olivares D'Angelo, "Martín de Roa, S. I. (1559-1637). Biografía. Escritos", *Archivo teológico granadino*, 57 (1994), pp. 139-236.

en 1587. En ese mismo centro comenzará a ejercer funciones docentes, iniciando un largo peregrinar de maestro que le llevaría por diferentes colegios jesuitas en Córdoba, Málaga<sup>54</sup>, Écija, Jerez de la Frontera o Sevilla, ejerciendo en la mayoría de ellos como profesor de retórica y como rector, destacando también su reconocido carisma de predicador y confesor. Durante toda su vida solo salió de su tierra para acudir a Roma como representante de la provincia de Andalucía en la XII congregación de su orden en noviembre de 1611.

Fruto de su inquieto espíritu, allí donde llegaba escribía historias locales, de santos o mártires, con que dotar a los municipios de una imagen de esplendor. Así de su pluma nacieron obras tales como *Málaga. Su fundación, su antigüedad eclesiástica y seglar*, la similar dedicada a Écija, la *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia de Andalucía*, o las dedicadas a los santos de Jerez de la Frontera o Córdoba<sup>55</sup>. A él se le debe una famosa arenga escrita para dar la bienvenida al obispo Francisco Reinoso y Baeza -de quien en breve hablaremos...- en 1597 al tomar posesión de la mitra cordobesa<sup>56</sup>. Roa escribió también en lengua latina con soberbio dominio, cultivado sobre todo en sus obras teológicas, aunque alguna hubo de otro género como *De Cordubae in Hispania Bética principatu*, escrita en 1617. Quizá la más famosa en su tierra natal, por ella intentó demostrar que Córdoba había sido la capital de la región romana de la Bética, en contraposición a Sevilla. A instancias del cabildo cordobés se tradujo al castellano y fue publicada en su nueva versión en 1636, siendo ampliamente difundida. Martín de Roa moriría rodeado de reconocimiento a su erudición en Montilla, su último destino, en abril de 1637.

Pero amén de esta trayectoria apasionante y capital para la historia de la orden de la Compañía de Jesús, sus orígenes familiares no pueden ser más desconocidos o ignorados. Una de las pocas alusiones a su familia se la debemos a la siempre hagiográfica pluma de Ramírez de Arellano, quien asevera sin más datos que era “de noble familia”<sup>57</sup>. Sabemos que fue hijo

---

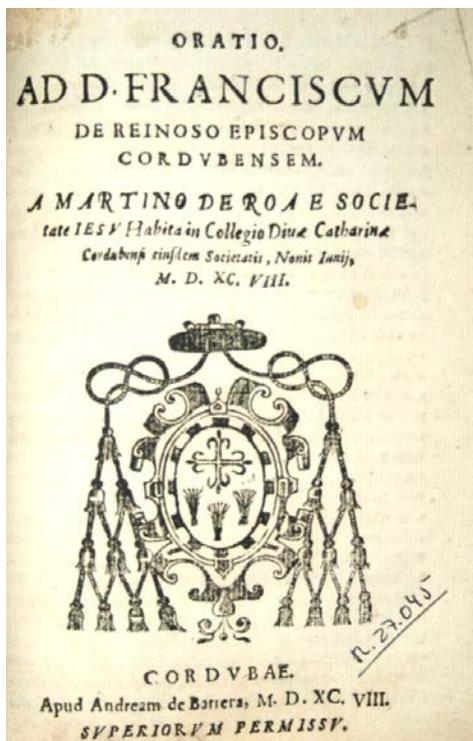
<sup>54</sup> Antonio Martín Pradas, “Martín De Roa y El Colegio de San Sebastián de La Compañía de Jesús de Málaga”, *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna*, 15 (2013), pp. 27-31.

<sup>55</sup> *Flos Sanctorum. Fiestas y santos naturales de la ciudad de Córdoba. Algunos de Sevilla, Toledo, Granada, Jerez, Guadix y otras ciudades y lugres de Andalucía, Castilla y Portugal, con la vida de doña Sancha Carrillo y la de doña Ana Ponce de León, condes de Feria*, Sevilla, 1615.

<sup>56</sup> Publicada en Córdoba en 1598 bajo el título *Oratio ad D. Franciscvum de Reinoso Episcopvm cordobensem*.

<sup>57</sup> T. Ramírez de Arellano, *Paseos por Córdoba*, p. 444.

de un mercader cordobés, Pedro Sánchez Francés, y de la dama cordobesa Isabel Jiménez de Roa, de quién tomó el apellido<sup>58</sup>. En efecto la afiliación Roa en Córdoba aparece vinculado a toda la flor y nata de los conversos.



Portada de la edición de la oración a don Francisco de Reinoso, obispo de Córdoba, proclamada en 1597 y publicada al año siguiente en dicha ciudad, obra de Martín de Roa. En el centro el escudo de armas del prelado.

Un caso de los problemas de la sangre de los Roa cordobeses se evidenció en el expediente incoado para cruzarse en Santiago de don Luis Antonio de Roa y Uceda en 1711<sup>59</sup>, pero que no fue ni la sombra de la enorme polémica destapada cuando su padre Juan Francisco de Roa y Uceda realiza las pruebas de limpieza para ingresar en el Santo Oficio en 1683<sup>60</sup>, y en la que salen todo tipo de familiares infectados. Un árbol lleno de escribanos y mercaderes, Ucedas, Torquemadas, Rodríguez de la Cruz, Díaz de Rivas, Molinas, Melgarejos y un largo etcétera. En otras pruebas similares consta que en

<sup>58</sup> Debo todos estos datos familiares y las inferencias del origen converso a los doctores Enrique Soria Mesa y a Antonio J. Díaz Rodríguez, a quienes, una vez, agradezco su generosa colaboración.

<sup>59</sup> AHN, Órdenes Militares, Santiago, Expte. 7058.

<sup>60</sup> José Antonio Martínez Bara, *Catálogo de informaciones genealógicas de la Inquisición en Córdoba conservadas en el Archivo Histórico Nacional*, tomo II, Madrid, 1970, pp. 701-703.

los archivos de la Inquisición se guardaba documentación de la relajada, es decir, quemada por judaizante, aunque sin fecha, Lucía Fernández, mujer de Juan de Roa<sup>61</sup>. Demasiados ejemplos que nos permiten saber que estamos ante una familia conversa por todos sus costados.

Pero si esto era por la vía materna, no menos sangre de igual condición tenía Martín de Roa por la parte paterna, pues era descendiente también de una familia de perfil converso más que sospechoso. Su abuelo paterno era toledano, el mercader Sebastián Sánchez Francés, que casó con una dama cordobesa, María Hernández, hija del también mercader Gonzalo López. Un círculo que se cierra con un broche interesante, pues primo hermano del padre de Martín de Roa, el también jesuita Diego de la Cruz, parece que tuvo una cercana relación con Juan de Ávila, conocido converso<sup>62</sup>. Piezas todas ellas de un complejo puzzle que nos conducen inequívocamente a presumir la sangre hebrea en las venas de este eminente jesuita. Desde 1897 el barrio del Alcázar Viejo rotula la vieja calle de las Imágenes con el nombre de Martín de Roa.

## Góngora

Osado se me antoja hablar de un personaje de la talla de Luis de Góngora (1561-1627), y más aún decir algo que no se haya dicho ya y con mejor fortuna. Objeto de investigaciones de todo tipo desde hace más de una centuria, sobre él han escrito eruditos de ambos hemisferios, se han publicado tomos y tomos de sus documentos<sup>63</sup>, diferentes biografías<sup>64</sup> y ediciones completas y comentadas de sus obras. Enaltecido en su patria chica y en su gran nación que fue la lengua española en el momento más olímpico de todas sus épocas, el Siglo de Oro, es uno de los españoles más universales y probablemente el más refinado poeta que ha dado el solar hispánico, como demostró en 1927 la generación de rapsodas y es-

<sup>61</sup> Así consta en AHN, Inquisición, Leg. 1426, Expte. 5 referido a Diego Negrete y Arias.

<sup>62</sup> Ya hemos citado a san Juan de Ávila al hablar del arzobispo de Santiago San Clemente, a quien se tenía por su familia. Vid. María Amparo López Arandía "Bajo sospecha. Conversos entre Juan de Ávila y la Compañía de Jesús", en Enrique Soria Mesa y Antonio J. Díaz Rodríguez (eds.), *Los judeoconversos en el mundo ibérico*, Córdoba, 2019, pp. 309-326.

<sup>63</sup> Quizá la más completa, Krzysztof Sliwa, *Cartas, documentos y escrituras de Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y sus parientes*, en dos tomos, Córdoba, 2004.

<sup>64</sup> La más antigua se la debemos al magistral Manuel González Francés, *Góngora, racionero. Noticias auténticas de hechos eclesiásticos del gran poeta sacadas de libros y expedientes capitulares*, Córdoba, 1896.

critores que en torno a su tercer centenario se aglutinaron. Nació y murió en Córdoba, fue clérigo de oficio mas no de convicción, racionero de la Catedral de Córdoba desde 1585 y capellán del rey en 1617, inteligente y hábil, sociópata y provocador al mismo tiempo que se movía como pez en el agua en la Corte y en el burdel, nudo de una gran red de clientelismo e influencias, contradictorio como pocos, y judeoconverso<sup>65</sup>. De todos los personajes que venimos tratando en este trabajo probablemente sea el de mayor celebridad, el de mayor fama conversa y a quien más problemas reales y quebraderos de cabeza vitales le generó su pasado semita. Inevitable resulta traer a colación el más brillante -y desternillante, que nos disculpe don Luis- ejemplo de su reputación conversa, aquellos cáusticos versos que le dedicó el implacable y no menos genial Francisco de Quevedo.

Yo te untaré mis obras con tocino  
porque no me las muerdas, Gongorilla,  
perro de los ingenios de Castilla,  
docto en pullas, cual mozo de camino;  
apenas hombre, sacerdote indino,  
que aprendiste sin cristus la cartilla;  
chocarrero de Córdoba y Sevilla,  
y en la Corte bufón a lo divino.  
¿Por qué censuras tú la lengua griega  
siendo sólo rabí de la judía,  
cosa que tu nariz aun no lo niega?  
No escribas versos más, por vida mía;  
aunque aquesto de escribas se te pega,  
por tener de sayón la rebeldía.

Pero lo que en la época parecía ser un secreto a voces, cuyo eco se prolongó con algunas dificultades de sus sobrinos en las pruebas de acceso a las órdenes militares, no ha sido siempre una cuestión aceptada por la academia. Su primer biógrafo, González Francés, no aborda esta cuestión en absoluto. Ya en 1925 Miguel Artigas se topa con esta realidad conversa en cuyo jardín, bien que se anuncia, no se mete del todo. José de la Torre desde Córdoba, primero, y José Antonio Martínez Bara, desde el Archivo Histórico Nacional, después, ridiculizarán la cuestión, con el único contrapeso de Dámaso Alonso, quien a pesar de afirmar sus raíces

---

<sup>65</sup> Todos los datos al respecto de su sangre judía en Enrique Soria Mesa, *El origen judío de Góngora*, Córdoba, 2015.

judías las minimiza, probablemente por carecer de mayor hondura documental. Hemos de esperar pues al profesor Enrique Soria Mesa quien destapa con un aluvión de pruebas documentales la caja de los truenos, de forma que es imposible volver a cerrarla.



Retrato de Luis de Góngora, óleo sobre lienzo anónimo del siglo XVIII copia de otros anteriores, conservado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba. Fotografía del autor.

En síntesis, el trabajo de este catedrático de la Universidad de Córdoba viene a demostrar que, de los ocho bisabuelos de Góngora, seis tenían fortísimos vínculos con conversos y condenados por la Inquisición y que

fueron tenidos como tales; y solo se salvaban pues los padres de su abuelo paterno Alonso de Argote. No es por tanto solo una pequeña mancha reducida al costado de su abuela materna doña Ana González de Falces, como se sabía desde hacía un siglo, sino que se demuestra así que su abuelo Luis de Góngora, esposo de la anterior, y su abuela paterna Leonor de Aranda tenían parentelas judeoconversas por doquier. El secretario de Felipe II Francisco Eraso, destapado judeoconverso y primo segundo del padre del poeta, el racionero Alonso de Falces, su tío bisabuelo, preso por la Inquisición al poco de crearse el tribunal de Córdoba, su tío abuelo Juan de Aranda, emparentado por matrimonio con los Chirinos y con mosén Diego de Valera, todos ellos sabidos judeoconversos; o los hijos de este Aranda, Sancho y Luisa, casados los dos con dos hermanos Padilla, y cuñados de Diego de Padilla, procesado por la Inquisición en 1509. O los primos de la propia sangre Góngora, enlazados con las familias Molina, Baeza -descendientes de quemados por judaizantes- o Cañete, de la peor etiqueta posible en la Córdoba del siglo XVI.

Todos ellos dibujan un mapa inequívoco cuyas señales apuntan todas a esta irrepetible pluma cordobesa. Don Luis debió de saber todo esto, y mucho más que por falta de documentación jamás conoceremos, y sufrirlo con vergüenza mientras le dedicaban letrillas satíricas y le señalaban en no pocos foros y corrillos. Y, presumimos, su producción literaria, alambicada, oscura, tan inextricable, nacía en gran modo del sufrimiento que, como al resto de personajes que hemos tratado, causaría tanta xenofobia -diríamos hoy- estructural en la mentalidad de la época. Y sin este origen, pues, jamás se podría llegar a entender en plenitud su figura y su legado.

## Los Alfaros

Dejamos para el final a un grupo familiar apasionante como pocos de la Córdoba barroca, los Alfaros, apellido que desde 1862 rotula el nombre de la vieja calle de las Carnicerías<sup>66</sup>. Los dos miembros más célebres de esta familia fueron el doctor Enrique Vaca de Alfaro (1635-1685) y su hermano pequeño don Juan de Alfaro (1643-1680)<sup>67</sup>. Ambos fueron hijos de Francisco de Alfaro y Vaca y doña Melchora Mellado y Gámez<sup>68</sup>. El

---

<sup>66</sup> T. Ramírez de Arellano, *Paseos por Córdoba*, p. 148.

<sup>67</sup> Una historia reciente del conjunto familiar en María Ángela Garrido Berlanga, "La familia del poeta Enrique Vaca de Alfaro, los Alfaro y los Cabrera: entre el otium y el negotium", *Tiempos Modernos*, 36 (2018/1), pp. 237-263.

<sup>68</sup> Podemos encontrar a esta señora llamada de diferentes formas, como Melchora de los Reyes, y usando también el apellido Cabrera.

primogénito tomó el nombre y apellidos de su abuelo paterno, el Ldo. Enrique Vaca de Alfaro (1592-1620), que es el primero de su familia que según la tradición encontramos ya afincado en Córdoba, y, como el nieto, ejerció la medicina. Casado en Córdoba con doña Andrea de Vergara, en 1612<sup>69</sup>, quedó viudo inmediatamente por lo que, al año siguiente, con 21 años, casó en segundas nupcias con doña María Díaz Recio, natural de Alcalá<sup>70</sup>. A este sabio se le debe el primer tratado conocido en España de cirugía craneal, *Proposición quirúrgica*, publicada en Córdoba en 1618. Poeta aficionado, fue también amigo y admirador de don Luis de Góngora. Este último a su vez era hijo de Juan Fernández de Alfaro y María de Hevia y Vaca, casados en Sevilla<sup>71</sup> pero afincados en Córdoba<sup>72</sup>. Todos ellos, al parecer de los cronistas, una familia de hidalgos que ejercieron de boticarios y médicos, pero también eruditos y literatos aficionados de cierta altura y acomodo. En ese contexto en el que nacieron los hermanos que nos interesan.

El médico Vaca de Alfaro, el primogénito, fue bautizado en la parroquia de San Pedro, estudió humanidades en Córdoba y luego filosofía y medicina en Salamanca. Acabaría siendo profesor en la misma capital salmantina y en Sevilla, que combinó con estancias en Córdoba. El interesante nivel de sus círculos fue evidenciado en el retrato que pintó de él Valdés Leal en 1655, cuando aún era un joven licenciado, y es uno de los pocos que se conservan de este pintor. En Córdoba fue también amigo del “poeta pintor” Luis Rufo, hijo de Juan Rufo<sup>73</sup>. En el polifacético Vaca de Alfaro se dieron cita la medicina, la historia, la poesía y un hondo amor y conocimiento de la pintura, materia en la que encontró un estupendo interlocutor en su hermano pequeño. De él se conservan diferentes manuscritos<sup>74</sup> en bibliotecas de Córdoba, en la Nacional de Madrid y en la Colombina de

---

<sup>69</sup> Hija de Alonso de Vergara y de doña María de Avendaño, en cuyo enlace fueron testigos el inquisidor Diego Bravo de Sotomayor y el maestrescuela y el chantre de la catedral. APSCC, Libro 5 de matrimonios, f. 101v.

<sup>70</sup> AHPC, Leg. 12.478, f. 353.

<sup>71</sup> Aunque se tiene a la familia por sevillana, tenemos fundadas sospechas de que pudieran ser también en origen cordobeses desde alguna generación más atrás, pues tenemos documentado el matrimonio de Luis Fernández de Alfaro e Isabel Medina en 1558, por citar solo uno de las decenas de individuos con este apellido en Córdoba en los siglos XVI y XVII. APSCC, Libro 2 de matrimonios, f. 6.

<sup>72</sup> Luis María Ramírez de las Casas-Deza, *Genealogía de varias familias cordobesas*, Mss. 92, tomo I, leg. 17, nº 122.

<sup>73</sup> Ángel María García Gómez, *Enrique Vaca de Alfaro (1635-1685). Semblanza, biblioteca médico-humanista y cultura bibliográfica*, Córdoba, 2015, p. 21.

<sup>74</sup> *Ibidem*, pp. 203-209.

Sevilla, custodiando esta última el primer episcopologio escrito para Córdoba nacido de su pluma. Muchos de sus materiales son apuntes para una futura historia completa de Córdoba que nunca se escribió<sup>75</sup>. Contrajo matrimonio en 1671 con su prima doña María Bernarda de Cabrera, hija de don Jacinto Cabrera y Gámez, escribano público, y de doña María de Pineda y Mellado, con quien tuvo varios hijos, Francisco Honorio, Antonio Marcelo, Diego Manuel -que acabó siendo medio racionero de la catedral de Córdoba<sup>76</sup>-, Jacinto Félix y María Josefa. Sintiendo enfermo testó en su Córdoba natal el 29 de noviembre de 1684<sup>77</sup>, muriendo poco después, en enero de 1685. En 1897 el ayuntamiento de Córdoba decidió bautizar con el nombre de Vaca de Alfaro a la antigua plazuela de Frías, en la collación de San Miguel.

Por su parte su hermano pequeño, don Juan de Alfaro<sup>78</sup>, nació y se bautizó en la misma collación y parroquia que su hermano, en marzo de 1643. Se dedicó en plenitud a la pintura. Discípulo de Antonio de Castillo, de quien luego fue rival en el mercado pictórico cordobés, marchó a Madrid para ser uno de los últimos aprendices de un ya anciano Velázquez. Protegido del almirante de Castilla, don Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, pintó sobre todo temática religiosa en su Córdoba natal y cultivó no pocos retratos aristocráticos. En septiembre de 1680 vuelve a Madrid, donde enferma y muere en diciembre<sup>79</sup>. Muchas de ellas perdidas, se conservan obras suyas en el Museo de Bellas Artes de Córdoba -heredero de las obras conventuales que llegaron allí tras la desamortizaciones-, en el Museo del Prado de Madrid, en el Palacio episcopal de Córdoba -los retratos de todos los obispos entre Leopoldo de Austria y el obispo Salizanes-, en la Catedral de Córdoba y algunos museos europeos. Fue notario del Santo Oficio de la Inquisición del Tribunal de Córdoba y escribió la primera biografía de su maestro Velázquez, que hoy se encuentra perdida, y el último retrato del genio sevillano, un dibujo en el que se muestra ya difunto en el momento de su entierro, conservado en París<sup>80</sup>. Por si fuera poco, también escribió lírica

<sup>75</sup> Ibidem, p. 31.

<sup>76</sup> Antonio J. Díaz Rodríguez, “Diccionario biográfico de la catedral de Córdoba (I): los miembros del cabildo en época moderna”, *Historia y Genealogía*, 5 (2015), pp. 171-228.

<sup>77</sup> Ante Diego de Pineda y Vargas, AHPC, Leg. 16.040, f. 502.

<sup>78</sup> Los principales datos biográficos tomados de José Valverde Madrid, “El pintor Juan de Alfaro”, en *Estudios de Arte Español*, Sevilla, 1974, pp. 181-204.

<sup>79</sup> Antes de su marcha a la Corte había testado en Córdoba, ante Juan del Hierro, el 30 de abril de 1680.

<sup>80</sup> Berta Burguera Arienza, *Enciclopedia del Museo Nacional del Prado*, 2006, tomo II, pp. 356-357.

y publicó algunos poemas junto con su hermano Enrique. Casó dos veces, la primera con Isabel María de Heredia en 1667<sup>81</sup>, enlace en el que actuaron como padrinos nada menos que el marqués de Santaella y Juan de Alarcón, caballero de Calatrava. Viudo contrajo segundas nupcias en 1679 con doña Manuela Vargas Navas, que enviudó apenas año y medio después de su matrimonio, y madre de su único hijo. La pronta muerte tanto de don Juan como de don Enrique impidió que tengamos mayores muestras de su polifacético humanismo.

Todo este contexto nos sirve para enlazar con el tema que nos interesa. ¿Fueron los Alfaro judeoconvertos? Hasta nos conduce la documentación que actualmente hemos consultado no podemos aseverar de ningún modo, por el momento, que los Alfaro tuvieran sangre conversa. Sin embargo, hay demasiados indicios como para enmarcarlos en los grupos de la mesocracia conversa e influyente de la ciudad. Para empezar, su filiación profesional familiar y la de su entorno: médicos, boticarios, escribanos públicos. Indicio interesante... pero de ninguna manera suficiente. Sin embargo, a poco que rastreemos y ampliemos la mirada en su parentela familiar nos daremos cuenta de dos ingredientes que ya sí pueden ser determinantes: el enlace con familias notoriamente conversas y la endogamia resultante con estas.

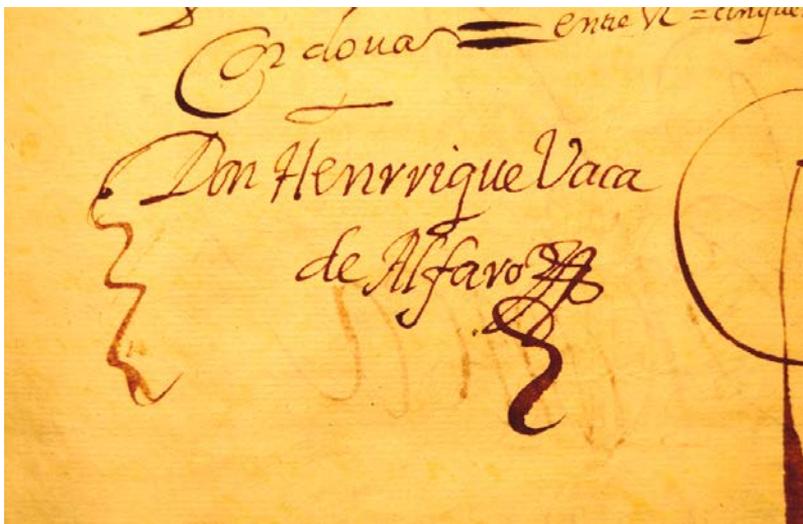
Antes hemos citado los dos matrimonios del pintor Juan de Alfaro, pero a conciencia nos hemos reservado el segundo apellido de ambas esposas. Y es que la primera se llamaba Isabel Heredia Sanllorrente, y la segunda Manuela Navas y Sanllorrente. A ellas hemos de añadir a la hermana de los Alfaro, Catalina de Alfaro Gámez, que contrajo matrimonio con el jurado y familiar del Santo Oficio Pedro López de Sanllorrente. Son pues estos tres consortes de los Alfaro primos entre sí y portadores de uno de los apellidos más conversos de cuantos se conocen en Córdoba. Tanto es así que este último antes de dotarse de una apariencia noble, culta y adquirir una capilla en el convento franciscano de San Pedro el Real para su enterramiento -donde actualmente se puede seguir viendo su sepultura y de su esposa Catalina de Alfaro- se había dedicado intensamente al negocio textil, como la gran mayoría de los conversos cordobeses. En efecto el apellido Sanllorrente aparece reprobado en diversas pruebas y expedientes de limpieza pues eran conocidas las condenas de la Inquisición contra ellos<sup>82</sup>. Rascando un poco más abajo esta sangre siguió conectada con los

---

<sup>81</sup> APSCC, Libro 3 de Matrimonios. F. 417.

<sup>82</sup> Una larguísima memoria de los Sanllorrente conversos aparece en torno a Hernando de San Llorente, en 1567, dentro de las pesquisas realizadas en 1668-1671 para las

Alfaro con otro enlace, ya que doña Lucía de Alfaro y Sanllorente, hija de los anteriores, casó con Francisco de Fuentes Criado, cuya hermana Mariana de Fuentes estaba casada con Sebastián San Llorente y Vergara. Creo que es innecesario añadir más hojas a este árbol para evidenciar lo que sugerimos.



Firma de Enrique Vaca de Alfaro en su testamento. AHPC, Leg. 16.040, f. 505.

Por si fuera poco, una vez muerto Enrique Vaca de Alfaro, su viuda y prima María Bernarda de Cabrera casó en 1687 con Bartolomé de Cota y Castillejo, también rico mercader y jurado de Córdoba. No es casual que en la dote matrimonial<sup>83</sup> de estos firmara como testigo don Rodrigo Muñoz de Velasco, ya que Cota era nieto de doña Juana de Castillejo Velasco, hija de don Luis Muñoz de Velasco, de quienes ya hablamos, y por tanto los Cota y los Muñoz de Velasco eran parientes muy cercanos, todos mercaderes venidos a más, y todos conversos por los cuatro costados. El círculo de los cordobeses con sangre judía, pues, estrecha demasiado el cerco de los Alfaro como para pensar que todo ese entramado familiar era fruto de la casualidad. Queda por descubrir, pues, cómo pudo afectar este

---

pruebas de acceso al Santo Oficio de Dionisio Fernández de Mesa Sabariego. AHN, Inquisición, Leg. 1.423, Expte. 4.

<sup>83</sup> Doña María Bernarda llevó como bienes dotales toda la biblioteca de su difunto esposo, gracias a la cual podemos conocerla al dedillo. AHPC, Leg. 16.041, año 1687, f. 422. Alcanzó en conjunto la astronómica cifra de 107.033 reales, cantidad solo reservada para el alto patriciado urbano de la época.

posible origen y contexto al pensamiento y obra de ambos personajes de nuestra Córdoba barroca.

## Bibliografía

- Ariz, Fray Luis, *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Ávila*, Alcalá de Henares, 1607.
- Barrado Jiménez, Isabel, “Ascenso social a través de los Colegios Mayores salmantinos. Los casos de los cordobeses Torquemada y Torquemada San Clemente”, *Revista Anahgramas*, II (2016), pp. 271-295.
- Borrás Gualis, Gonzalo Máximo, *Enciclopedia del Museo Nacional del Prado*, Madrid, 2006.
- Burguera Arienza, Berta, *Enciclopedia del Museo Nacional del Prado*, 2006.
- Cabrera Sánchez, Margarita, “Los conversos de Córdoba en el siglo XV. La familia del jurado Martín Alfonso”, *Anuario de Estudios Medievales*, 35/1 (2005), pp. 185-232.
- “Jurados conversos en Córdoba a finales del Medievo”, *Espacio, Tiempo, Forma*, Serie III Historia Medieval, 29 (2016), pp. 155-181.
- Centeno Yáñez, Joaquín, *Los jurados de Córdoba, 1454-1579. Estudio jurídico-institucional*, Córdoba, 2000.
- Cereceda, Feliciano “En el cuarto centenario del nacimiento del P. Francisco de Toledo”, *Estudios Eclesiásticos*, 13 (1934), pp. 90-108.
- Céspedes de Meneses, Gonzalo, *Historias peregrinas y ejemplares*, Zaragoza, 1623.
- Diago Hernando, Máximo, “Judíos y judeoconversos en Soria en el siglo XV”, *Celtiberia*, 84 (1992), pp. 241-243.
- Díaz Rodríguez, Antonio J., “Diccionario biográfico de la catedral de Córdoba (I): los miembros del cabildo en época moderna”, *Historia y Genealogía*, 5 (2015), pp. 171-228.
- Fernández, Justo Alfonso, “El Cardenal Francisco de Toledo, S. J., y su fundación en Santa María la Mayor”, *Anthologica Annua*, 37 (1990), pp. 363-380.
- Galdós, Romualdo, “Méritos escriturísticos del Cardenal F. de Toledo”, *Archivo Teológico Granadino*, 3 (1940), pp. 19-33.
- García Gómez, Ángel María, *Enrique Vaca de Alfaro (1635-1685). Semblanza, biblioteca médico-humanista y cultura bibliográfica*, Córdoba, 2015.

- García Marco, Javier, Motis Dolader, Miguel Ángel, y Rodrigo Estevan, María Luz, *Procesos inquisitoriales de Daroca y su comunidad. Estudios preliminares, edición e índices*, Daroca, 1994.
- Garrido Berlanga, María Ángela, “La familia del poeta Enrique Vaca de Alfaro, los Alfaro y los Cabrera: entre el otium y el negotium”, *Tiempos Modernos*, 36 (2018/1), pp. 237-263.
- González Francés, Manuel, *Góngora, racionero. Noticias auténticas de hechos eclesiásticos del gran poeta sacadas de libros y expedientes capitulares*, Córdoba, 1896.
- Herreros Moya, Gonzalo J., “La reconstrucción del patrimonio judeoconverso. La familia, la casa solariega y la capilla catedralicia de los Muñoz de Velasco en Córdoba”, *Historia y Genealogía*, 8 (2018), pp. 206-230.
- Jordano Barbudo, María Ángeles, “La capilla funeraria del alfaqueque judeoconverso don Diego Fernández Abencaçin”, *Anuario de la Historia de la Iglesia*, vol. 24 (2015), 331-358.
- León Villaverde, Antonio, *Bartolomé Bermejo y el reino de Valencia*, Valencia, 2006.
- López Arandía, María Amparo, “Bajo sospecha. Conversos entre Juan de Ávila y la Compañía de Jesús”, en Enrique Soria Mesa y Antonio J. Díaz Rodríguez (eds.), *Los judeoconversos en el mundo ibérico*, Córdoba, 2019, pp. 309-326.
- Marías, Fernando, “Bartolomé Bermejo ¿Cordubensis?”, *Ars Longa*, 21 (2012), pp. 135-147.
- “Bermejo in Daroca”, en Fité, Francesc y Velasco, Alberto (eds.), *Late Gothic painting in the Crown of Aragon and the Hispanic Kingdoms*, Lérida, 2013, pp. 343-366.
- Martín Pradas, Antonio “Martín de Roa y El Colegio de San Sebastián de La Compañía de Jesús de Málaga”, *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna*, 15 (2013), pp. 27-31.
- Martínez Bara, José Antonio, *Catálogo de informaciones genealógicas de la Inquisición en Córdoba conservadas en el Archivo Histórico Nacional*, 2 tomos, Madrid, 1970.
- Molinero Merchán, Juan Andrés, *La Mezquita-Catedral de Córdoba: símbolos de poder*, Córdoba, 2005.
- Nieto Cumplido, Manuel, *La Catedral de Córdoba*, Córdoba, 2007.
- O’neill, Charles E. y Domínguez, Joaquín María (dirs.), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, vol. IV, Roma-Madrid, 2001.

- Olivares D'Angelo, Estanislao, "Martín de Roa, S. I. (1559-1637). Biografía. Escritos", *Archivo teológico granadino*, 57 (1994), pp. 139-236.
- Quevedo Sánchez, Francisco I., "Inventando el pasado. La familia judeoconversa Herrera de Córdoba y Granada", *Anahgramas*, 1 (2014), pp. 235-272.
- "Nobles judeoconvertos: los oscuros orígenes del linaje Córdoba-Ronquillo", *Sefarad*, 76 nº 2 (2016), pp. 363-396.
- "Juan Recio Aragonés, un judeoconverso de la élite lucentina", *Medievalismo*, nº 27 (2017), pp. 259-283.
- Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca, Teodomiro, *Paseos por Córdoba o sean apuntes para su historia*, Córdoba, 1875, Ed. Córdoba, 1983.
- Ramírez de Arellano, Rafael, *Juan Rufo, jurado de Córdoba*, Madrid, 1912.
- Ramírez y de las Casas Deza, Luis María, *Indicador cordobés*, Córdoba, 1867.
- Ruano, Francisco, *Casa de Cabrera en Córdoba*, Córdoba, 1779, Ed. Córdoba, 1994.
- Ruiz i Quesada, Francesc (et alii), *La pintura gótica hispanoflamenca: Bartolomé Bermejo y su época*, Bilbao, 2003.
- Sanz del Castillo, Pedro, *Vida del Excmo. Sr. D. Juan de San Clemente Torquemada*, Santiago de Compostela, 1769.
- Sliwa, Krzysztof, *Cartas, documentos y escrituras de Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y sus parientes*, en dos tomos, Córdoba, 2004.
- Soria Mesa, Enrique, *El cambio inmóvil. Transformaciones y permanencias en una élite de poder (Córdoba, ss. XVI-XIX)*, Córdoba, 2000.
- "Las capellanías en la Castilla moderna: familia y ascenso social", en *Familia, transmisión y perpetuación (siglos XVI-XIX)*, 2002, pp. 135-148.
- "Genealogía y poder. Invención de la memoria y ascenso social en la España Moderna", *Estudis*, 30 (2004), pp. 21-55.
- *La nobleza en la España Moderna*, Madrid, 2009.
- "De la represión inquisitorial al éxito social La capacidad de recuperación de los judeoconvertos andaluces entre los siglos XV-XVII: el ejemplo del linaje Herrera", *Medievalismo*, 24 (2014), pp. 399-417.
- *El origen judío de Góngora*, Córdoba, 2015.
- *La verdad tras al espejo*, Valladolid, 2016.
- "El origen judeoconverso de la nobleza indiana", en *Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo*, Argentina, 2017, pp. 155-185.

- \_\_\_ “Juan Rufo, judeoconverso. El origen judío del autor de La Austríada”, *Creneida*, 6 (2018), pp. 8-45.
- \_\_\_ “Judaizantes o marqueses. Los judeoconversos de Lucena (Córdoba) entre los siglos XV y XVII. Una primera aproximación a su estudio”, en Enrique Soria Mesa y Antonio J. Díaz Rodríguez (eds.), *Los judeoconversos en el mundo ibérico*, Córdoba, 2019, pp. 127-140
- Tellechea Idígoras, José Ignacio, "Censura inédita del P. Toledo sobre el Catecismo de Carranza, cotejo con la de Melchor Cano," *Revista Española de Teología*, XXIX (1969), pp. 3-35.
- Valverde Madrid, José, “El pintor Juan de Alfaro”, en *Estudios de Arte Español*, Sevilla, 1974, pp. 181-204.
- \_\_\_ “Centenarios cordobeses”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, Año LXVI, 129 (julio-diciembre 1995), pp. 358-362.
- VV.AA., *Córdoba, ciudad conventual*, Córdoba, 2014, p. 169.
- Yzquierdo Perrín, Ramón, “El mecenazgo de don Juan de San Clemente. Un cordobés arzobispo de Santiago”, *Ucoarte. Revista de Teoría e Historia del Arte*, 3 (2014), pp. 9-34.
- Zueras Torrens, Francisco, *Bartolomé Bermejo: el pintor nómada*, Córdoba, 1983.

[...] La presencia judeoconversa fue enorme en Córdoba. Herencia de la comunidad judía asentada en esta urbe desde la conquista cristiana y hasta finales del siglo XIV, el terrible *pogrom* de 1391, que azotó las juderías de España entera, tuvo como consecuencia inesperada la conversión masiva de decenas de miles de hebreos a lo largo y ancho de toda la Península Ibérica. Y Córdoba no fue una excepción, todo lo contrario. [...] El caso cordobés llama la atención a nivel nacional por la rapidísima integración social de buena parte del grupo, si bien tal situación no se acompañaba por la correspondiente asimilación cultural. Dicho de otra forma, los conversos habían conseguido en muchos casos adquirir posiciones de poder y prestigio, pero en un gran porcentaje seguían siendo judíos en su corazón. Herejes, pues, en el sentir de la época. [...]

Fuente: Soria Mesa, Enrique, “Una mesocracia judeoconversa. La presencia conversa entre los jurados de Córdoba (ss. XVI-XVII). Una primera aproximación a su estudio”, en *La ciudad y sus legados históricos (IV). Córdoba judía*, Córdoba, 2019, pp. 192-193.

